

Acerca del *Trieb* [pulsión] en Freud*

On Freud's drive [Trieb] concept

Nadeje Pereira Barbosa, María¹

RESUMEN

Este trabajo tiene por objetivo efectuar un recorrido sobre el concepto de pulsión en la obra de Freud. En un primer momento serán presentadas y discutidas las formulaciones iniciales de Freud sobre la pulsión, en particular, el marco clínico y el marco teórico. Enseguida, será presentada y analizada la primera formulación propiamente psicoanalítica sobre la pulsión. La meta será de analizar detenidamente que la elasticidad del concepto de pulsión no ha obstaculizado el establecimiento de ciertas dificultades de entendimiento, sobre todo con la introducción del concepto de pulsión de muerte. Para finalizar, será esbozada una discusión sobre la repercusión de la teoría de las pulsiones en la tercera formulación acerca de la angustia y sobre la dinámica de las instancias que componen la segunda tópica, con el objetivo de sostener la idea según la cual la dimensión pulsional establece vías de pasaje con las relaciones de objeto.

Palabras clave: Pulsión - Psicoanálisis - Freud - Teoría de las pulsiones

ABSTRACT

The goal of this paper is to examine the concept of drive in Freud's work. Firstly, Freud's initial formulations on drive, in particular its clinical and theoretical frameworks, will be introduced and discussed. Then, the first properly psychoanalytic formulation on drive will be introduced and analysed. The goal is to thoroughly analyse that the elasticity of the drive concept does not hinder the establishment of certain difficulties in understanding, especially through the introduction of the death drive concept. Lastly, an argument about the repercussion of drive theory in its third formulation on anxiety and on the dynamics of the cases that make up the second topology will be outlined. This has the goal of supporting the idea according to which the drive dimension establishes passages with object relations.

Keywords: Drive - Psychoanalysis - Freud - Drive theory

*Trabajo financiado por la Coordinación de Pessoal de Nível Superior (CAPES).

¹Universidad Complutense de Madrid. Doctora en Psicología y Máster en Teoría Psicoanalítica por la misma Universidad. Postdoctoranda en Psicología Clínica en el Instituto de Psicología de la Universidad de São Paulo, Brasil. Psicoanalista. E-Mail: mnpbarbosa@usp.br

Introducción

Más de un siglo de psicoanálisis nos conduce en la incesante tarea de elaborar la teoría, volviendo a Freud. Tarea esencial, pero de antemano reconociendo su carácter ineludiblemente fragmentario. Eso, a despecho de intentos deliberados de efectuar recortes arbitrarios y totalizaciones aisladas de su legado hasta el punto de situar a Freud como portador de la Verdad, mas como un intento de consolidar tal o cual línea de teorización postfreudiana de una determinada época, que propiamente investigar los intrigantes caminos que el fundador del psicoanálisis nos ha propuesto. Hay que reconocérsele. Caminos que, en materia pulsional, él mismo ha reconocido que fueron inacabados y que sirven de fuente continua de estímulo para proseguir con su tarea.

La aproximación que se efectuará a continuación acerca del desarrollo del concepto de pulsión en la obra de Freud no pretende exponer exclusivamente un conjunto de contenidos, sino tantear un método posible de lectura con la finalidad de recuperar la fecundidad teórica y clínica del pensamiento freudiano y su carácter siempre actual, pese a algunas controversias que se establecen en ese sentido. Desde luego, no se trata de homogeneizar la palabra de Freud, tampoco privarlo de su palabra. Sin embargo parece necesario reconocer que, hasta la fecha de hoy, los autores psicoanalistas no se han colocado en acuerdo sobre un método de lectura posible de la obra de Freud; estado de cosas que incide directamente en nuestra experiencia clínica.

Con efecto, la clínica es el lugar por excelencia mediante la cual se engendran y se experimentan las más significativas teorizaciones psicoanalíticas, alrededor del cual se perfila una constante reflexión acerca del objeto. Sin embargo, en la clínica también problematiza y complejiza el trabajo de sistematizar a los conceptos, sobre todo el de pulsión: como un concepto elástico, presenta un amplio espectro de significados, y solo atraviesa la dimensión de la experiencia por sus efectos. No sin mencionar la resonancia afectiva que presenta la pulsión en los pensamientos del analista.

Objetivos

En el momento actual del desarrollo del psicoanálisis, caracterizado por la incidencia de nuevas modalidades de vivir el síntoma en la contemporaneidad, así como en la búsqueda de articular el concepto de pulsión con uno de sus dispositivos, clínica contemporánea, parecería una nostalgia volver a Freud. Sin embargo, es casi evidente la necesidad de reconocer el momento de *mutación* que atraviesa el pensamiento psicoanalítico, tanto en relación con los saberes de nuestro tiempo –tal y como ha ocurrido en el periodo en que Freud introdujo su formulación sobre la existencia de procesos psíquicos inconscientes-, como consigo mismo.

Por eso, los objetivos del presente trabajo son:

- *Analizar* los textos de Freud en que se perfila direc-

ta o indirectamente el concepto de pulsión, tratándolos en su especificidad conceptual e histórica; *sistematizar* lo pensado sobre el concepto de pulsión en lugar de cubrir los “huecos” de la teoría con nuevas definiciones; *aportar* datos significativos a partir de los objetivos anteriormente mencionados.

La preocupación en no falsear ni esquematizar los textos de Freud fue una constante, siguiendo la propuesta de Etcheverry (1978), a saber, el respecto por los textos y por su “literalidad problemática”, sobre todo al toparme con la necesidad de realizar un minucioso trabajo de desvelamiento acerca de las “traducciones” o “interpretaciones” sobre determinadas ideas de Freud.

Método

Puesto que el testigo que disponemos para nos acercar a las formulaciones de Freud son sus textos, es lícito investigar con detenimiento las líneas que conducen hacia el establecimiento de una modalidad de análisis textual que no sólo permita tratar al texto freudiano en su especificidad, sino también articular los textos entre sí a partir del contenido de sus proposiciones.

Como un intento de ensayar las sendas que van en esta dirección, el presente trabajo consiste en el estudio sobre el concepto de pulsión teniendo como marco los textos de Freud. Se ha analizado los textos de Freud en los que aparece el concepto de pulsión a partir de cuatro momentos temporales: en cada uno de los cuales, se perfilan teorías sobre la pulsión. Helos aquí:

- 1º Periodo: de 1893 a 1900, caracterizado por la introducción de la expresión *Trieb* (“pulsión”) en el pensamiento freudiano.
- 2º Periodo: de 1900 a 1915, caracterizado por la formulación propiamente psicoanalítica del concepto de pulsión así como por la introducción y pruebas rotundas de la insuficiencia del dualismo entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación, así como por un significativo interés de Freud sobre el tema de los orígenes del aparato psíquico.
- 3º Periodo: de 1915 a 1920, caracterizado por el giro teórico-clínico producido con la introducción del concepto de pulsión de muerte y del establecimiento del segundo dualismo pulsional.
- 4º Periodo: de 1920 a 1939, caracterizado por el establecimiento de la segunda tópica y por el refinamiento de su reflexión sobre los afectos, en particular la angustia

La elección de estos textos de Freud no fue aleatoria; surge de la necesidad misma de acercarse a las contradicciones “históricas” y “sincrónicas” de su formulación sobre la pulsión. No obstante, conviene subrayar que este modo de lectura de los textos de Freud no se inserta en un análisis cronológico, mera sumación de sus descubrimientos. En la misma línea, se hace necesario señalar, también, que el desarrollo de las hipótesis freudianas no implica en la sustitución del primero en el tiempo por lo

más reciente ni tampoco en una supuesta evolución de unidades más simples hacia unidades más complejas.

El entramado conceptual propuesto por Freud supera las fronteras del texto y requiere una modalidad de abordaje problemática, con la finalidad de no solo de analizar los puntos en que el pensamiento freudiano confluye en teorizaciones de sentido pleno, sino también de apuntar los puntos emblemáticos y contradictorios de su pensamiento. Aspectos que gran parte de los autores psicoanalistas, quienes partiendo de una peculiar perspectiva acerca de la reconquista incesante de lo inconsciente, buscan taponar con otras dimensiones del concepto de pulsión en la obra de Freud. En ese sentido, es a partir de una modalidad de lectura, definida por Hornstein como “retroactiva” (1991) que parece ser posible concebir el texto freudiano como la apertura de algo que sólo adquiere su dimensión a partir del presente.

El problema reside en que el texto pasado, es decir, la reflexión freudiana sobre la pulsión también requiere esclarecimiento. Estas perspectivas cuando articuladas permiten no sólo acercarse a las ambigüedades existentes en el texto freudiano y buscar una suerte de resignificación, sino aportar datos significativos sobre el tema tratado.

La pulsión en los años prepsicoanalíticos

En los años prepsicoanalíticos, Freud integra la pulsión en la teoría de la defensa y en la teoría acerca de la constitución del yo. Con lo cual, permite vislumbrar que se trata de un *itinerario*, que ya en el año de 1893, es posible distinguir las huellas de lo que *a posteriori* será designado como perspectivas económica, dinámica y tópica, es decir, puntos de vista en los que se definirá la metapsicología freudiana y que se perfilan nada menos como el reflejo de una suerte de compaginación efectuada por Freud respecto a los influjos que recibió de las Escuelas de Helmholtz, de Salpêtrière y de Nancy, determinantes en este momento de su pensamiento y que le conducirá a su propia concepción psicofisiológica de la histeria y del aparato psíquico. Dichos influjos marcaron sus huellas en el desarrollo mismo de la disciplina fundada por él, el psicoanálisis. Tanto es así que la concepción freudiana según la cual la pulsión encuentra su génesis en lo biológico es reflejo mismo de la posición antivitalista de la escuela de Helmholtz. Eso no sin mencionar los autores que se constituirán como una fuente de estímulo en la construcción de la metapsicología freudiana, sobre todo por asentar las bases de una concepción económica e incluso dinámica del aparato psíquico, como Johann Friedrich Herbart.

Pues bien, la introducción de la expresión *Trieb*, proveniente del pensamiento científico y filosófico, presenta un marco clínico y un marco teórico, respectivamente, en el estudio clínico sobre la paciente Emmy von N. de los *Estudios sobre la histeria* (1893-1895) y en el “Proyecto de psicología” (1950[1887-1902]). Introducción que contribuyó decisivamente en el desarrollo de la noción de aparato psíquico, así como en el establecimien-

to de la teoría de la defensa y de la teoría de la constitución del yo.

En el historial clínico sobre la paciente Emmy von N., marco clínico de la introducción de la expresión *Trieb* en el pensamiento freudiano, la pulsión aparecerá vinculada con lo sexual, pero insertada en una concepción profana de la sexualidad que se define en los términos de un “cuerpo extraño” que ataca al yo y revela la eficacia actual del síntoma. Lo cual, se perfilaba ya una suerte de oposición entre el yo y la sexualidad, precisamente cuando esta sexualidad, integrada en el quehacer yoico se escinde de él y establece un grupo psíquico separado. Freud relaciona este elemento sexual con la pulsión. Como heredero de la Ilustración y del Iluminismo, supone que todos los fenómenos de la naturaleza humana aspiran, o aspiran alcanzar, una meta biológica. En ese sentido, se refiere a la pulsión como “apetito sexual”.

No obstante, si bien el discurso sobre la sexualidad se introduce en el pensamiento freudiano como la búsqueda de un saber sobre el sexo, es decir, de una sexualidad entendida estrictamente desde el punto de vista genital y traducida en los términos de apetito sexual, por lo tanto, asimilada a lo biológico, paradójicamente, anuncia que en lo que atañe a la pulsión sexual no existe saber que abarque todas las variedades del objeto. El paulatino reconocimiento de un “no-saber” sobre la pulsión sexual a partir del estudio sobre la etiología de los fenómenos histéricos, marcará el inicio del distanciamiento del dominio estricto de la conciencia en el pensamiento freudiano o de las primeras señales de la perspectiva tópica, genuinamente freudiana. Desde luego, Freud sólo podrá forjar el saber sobre la sexualidad alejado del saber cartesiano cuando establece la concepción estructural del inconsciente. Así, por apuntar al desarrollo de la noción de aparato psíquico, los *Estudios sobre la histeria* se perfilan como un precursor de los más innovadores descubrimientos de Freud. Proceso de desarrollo de la noción de aparato psíquico que se inicia precisamente a partir de la formulación de algunos interrogantes sobre las leyes generales que gobiernan el funcionamiento mental como un intento de unir ciencia e histeria para diferenciarse de otros planteamientos que ponían el acento en el sujeto de la conciencia. El “Proyecto de psicología” será uno de los resultados de este empeño; a la vez que se delinea como el marco propiamente teórico de la introducción de la expresión *Trieb*.

En el “Proyecto de psicología”, la pulsión, a su vez, aparecerá con determinadas características que en lo sucesivo serán su emblema, a saber, la referencia sobre la fuerza constante de la pulsión, la idea según la cual se conoce la pulsión por sus efectos y la tesis según la cual las pulsiones son identificables a través de sus representantes psíquicos. Pero, será la hipótesis sobre el origen endógeno de la pulsión, adjudicada a la hipótesis según la cual la pulsión apunta hacia la dimensión subjetiva del encuentro del organismo con el otro de la acción específica en el proceso de constitución del yo, que situará la pulsión en la encrucijada entre dos dominios, lo somático y lo psíquico.

Pues bien, es precisamente en el interés de Freud sobre el factor cuantitativo en que aparecerá la primera formulación propiamente teórica sobre la pulsión. Es posible vislumbrar en este interés dos líneas de desarrollo presentes en el “Proyecto”: La primera es sobre la cantidad de energía indiferente. La pulsión se aproximaría a la noción de cantidad de energía indiferente, es decir, a los estímulos endógenos, antecesores del concepto propiamente psicoanalítico de pulsión. La segunda es sobre el principio regulador del aparato. Será la tendencia a la descarga (satisfacción) de acuerdo con el principio de constancia que caracterizará a la pulsión o estas excitaciones endógenamente generadas como una fuerza constante que sólo es conocida cuando proyectada hacia fuera para ser, luego, registrada por la red de las barreras-contacto.

Pues bien, a lo largo del “Proyecto” (1950[1887-1902]), Freud va cambiando las expresiones destinadas a explicar el funcionamiento del aparato neuronal. Como advierte Canteros (1996), si bien Freud en el “Proyecto” empieza hablando de neuronas y de cantidad, termina analizando al pensamiento. El giro del léxico ocurre precisamente cuando Freud trata sobre el estado de inermidad biológica del organismo, sujetado por el apremio de la vida. Se introduce, pues, una relación de este sujeto biológico con el de la acción específica. *Cuerpo del apremio de la vida* insertado en un modo de explicación biológica, distinto a su vez, de la teorización de base mecanicista sobre los sistemas de neuronas. Dos modos de reflexión, objeto de una constante búsqueda de conciliación por parte de Freud (Canteros, 1996).

Ahora bien, se considera que el giro de léxico no consiste en un simple cambio de perspectivas, sino que denota los límites mismos del lenguaje neurológico para analizar las condiciones regias de la relación de este organismo biológico con el entorno. Es decir, este cambio vino a señalar que la máquina mental a que Freud se empeñó en descifrar más que referirse a un “aparato neuronal” remite a la génesis y a los destinos de esta cantidad de energía. Parece lícito afirmar que es precisamente cuando Freud introduce el término “pulsión” que se produce el giro de perspectivas. En este caso, la pulsión, esta cantidad de energía “indiferenciada” que circula entre los sistemas de neuronas estaría vinculada a lo biológico. Así, pues, más que delatar la insuficiencia del léxico neuronal, la introducción de la pulsión sirve como una especie de puente entre el modo de explicación biologicista que, en la medida en que introduce el otro sujeto de la acción específica termina por someter al yo a un arduo trabajo de reconocimiento de la identidad y de la diferencia que le une al objeto. En ese sentido, la pulsión, además de ser el puente que permite el paso de un modo de explicación hacia otro, estando a la vez asimilada a lo biológico, apuntará hacia la dimensión subjetiva del encuentro de este organismo con el objeto.

Sin embargo, conviene advertir que la introducción de un término, como ahora el de pulsión, no significa que este término esté desarrollado como un concepto psicoanalítico propiamente dicho. Eso solamente ocurrirá a

partir del establecimiento de la hipótesis estructural sobre el inconsciente. Dicho en otros términos, si bien parte considerable de las ideas de Freud sobre la pulsión ya había sido desarrollada en el contexto del “Proyecto”, no están traducidas todavía en un lenguaje metapsicológico. Sin embargo, como bien señala Roudinesco (2016), Freud ha promovido una revolución simbólica, cambiando la mirada que una época tenía acerca de sí misma, así como sus modos de ser y de vivir. En definitiva, ha inventado una nueva narrativa acerca de los orígenes.

La formulación psicoanalítica de la pulsión

El establecimiento de la primera formulación propiamente psicoanalítica de la expresión *Trieb* presenta como marco los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). Momento en que Freud ya tenía establecida la hipótesis estructural sobre la sexualidad inconsciente y que le permitió incluir una serie de expresiones, una de las cuales la de pulsión sexual, como uno de los conceptos fundamentales de su teoría. Este nuevo ordenamiento del funcionamiento psíquico permitirá la ampliación del entendimiento sobre la sexualidad humana, hasta entonces limitada a la genitalidad (apetito sexual), bien sea descomponiendo la pulsión en sus componentes pregenitales, bien sea integrando la pulsión en una panorámica evolutiva de la sexualidad humana. Así, los *Tres ensayos* permite vislumbrar la operación de trasmutación de que es objeto este concepto que, producirá una ruptura respecto a lo que se concebía acerca de la sexualidad y, por lo tanto, se convertirá en una cuestión polémica, así como las líneas maestras que determinarán la reflexión posterior sobre la pulsión. La pulsión sexual abrirá, entonces, una pregunta que viene señalar la falta de un saber sobre el sexo debido a la contingencia del objeto de la pulsión, tesis principal de los *Tres ensayos* (1905).

En lo sucesivo, el entendimiento acerca de la sexualidad humana será progresivamente desarrollado en concomitancia con los avances de la teoría de las pulsiones a partir del estudio de las neurosis de transferencia. He aquí los dos ejes argumentativos: El primero el desarrollo de la noción de conflicto psíquico a partir del establecimiento del dualismo entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, éstas últimas incorporadas a las pulsiones de autoconservación expuesto en “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis” (1910). El segundo es el desarrollo de las relaciones del yo con la realidad con la finalidad de integrar el conflicto pulsional en la perspectiva genética en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico” (1911). Propuesta lograda en la medida en que el dualismo pulsional es correlativo a los principios de placer y de realidad.

En la misma línea, se hace necesario esbozar dos cuestiones de orden terminológico:

Primera: Sobre el equívoco de verter el término alemán *Trieb* por “instinto” cuando se trata de la expresión “pulsión”. Prueba de ello se encuentra en las dudas de Freud sobre la existencia de instinto en los seres humanos,

lo que confirma que es la pulsión que se constituye como un esfuerzo de carácter irreprimible y que, al contrario del instinto con metas y objetos definidos, carece de una orientación fija.

Segunda: En lo que se refiere al establecimiento del primer dualismo pulsional, cabría, al menos, detenerse en la discusión sobre la legitimidad del término *Trieb* para designar ambas clases de pulsiones. Si la pulsión es sexual por excelencia, la hipótesis de una pulsión no sexual es contradictoria, para no decir inequívoca. Sobre todo cuando esta última presenta en la unicidad de objeto y de meta su principal característica, supuesto que no corresponde con el prototipo de la pulsión sino al del instinto.

En lo que se refiere al concepto de pulsión, señaló el inicio de un recorrido teórico que asienta definitivamente la pulsión en el límite entre dos dominios: somático y psíquico, cuerpo y alma. Sobre esto dos factores pueden ser objeto de debate. El primero es la polémica relación entre factores constitucionales y accidentales. Lo que en la etiología de las neurosis le lleva a erigir la categoría de “serie complementaria”. El segundo es la relación entre *Trieb* e *Instinkt* merece mayor detenimiento en la medida en que la constitución congénita de la vida sexual infantil trae a escena la manifestación de comportamientos fijados y preadaptados a una meta y a un objeto. La relación entre ambos se encuentra, tanto desde el punto de vista conceptual como desde la perspectiva de la realidad, caracterizada por una suerte de evolución de un esquema hacia el otro que rompe con el desarrollo estereotipado del instinto.

Con lo cual se percibe que en lo que atañe a la formulación sobre la pulsión en la obra de Freud y a su intento de reconstruir la prehistoria del ser humano, no existe instinto en el hombre, puesto que la pulsión viene a pervertir todos los montajes reguladores que suponen meta y objetos específicos.

Sin embargo, por otro lado y siguiendo el desarrollo del pensamiento freudiano en estos años, la relación entre pulsión sexual y filogénesis, planteada por Haeckel, incluye estos dos factores en una lógica evolucionista incompatible con la reflexión misma sobre la pulsión. Hela aquí:

La secuencia en que son activadas las diversas mociones pulsionales y el lapso durante el cual pueden exteriorizarse hasta sufrir la influencia de otra moción pulsional que acaba de emerger o de una represión, parecen filogenéticamente establecidos (Freud, 1905).

Lejos de cualquier carácter esclarecedor, esta relación introduce una verdadera polémica en el seno mismo del psicoanálisis en la medida en que atribuye a la pulsión sexual un carácter hereditario, lo que supone el predominio de las fuerzas somáticas sobre las psíquicas dentro de un eslabón evolutivo y destaca, sobre todo, el origen endógeno de la pulsión. A pesar de la amplitud de miras de la concepción evolutiva de la sexualidad, lo que se cuestiona es la compatibilidad de la dimensión biológica con sus características genético-evolucionista y el descubrimiento de la sexualidad inconsciente, en concreto, por

la sustitución del concepto de instinto por el de pulsión y la contingencia del objeto de la pulsión. Con lo cual, supone especificar cuales aspectos de este supuesto evolucionista es inconciliable con la hipótesis sobre la sexualidad inconsciente y resituar el modelo evolutivo propuesto por Freud desde otro registro que no necesariamente coincida con lo inscrito por la biología.

Así, pues, paradójicamente, a cada avance de la teoría de la libido, sobre todo con la introducción y desarrollo propiamente psicoanalítico del concepto de narcisismo, que debería sostener heurísticamente el primer dualismo pulsional, señalaba la necesidad de revisarlo a fondo.

A modo de síntesis, he aquí los factores que promueven la formulación del primer dualismo pulsional:

- Primero: La hipótesis misma acerca de una pulsión “no-sexual”.
- Segundo: La concepción del yo como representante de la autoconservación, cuando esta instancia también representa la sexualidad.
- Tercero: La simetría entre yo y conciencia, cuando no sólo el yo va más allá de la conciencia, como la conciencia misma no es uno de los polos del conflicto.
- Cuarto: La distinción entre libido e interés, la primera como energía de las pulsiones sexuales y la segunda como energía de las pulsiones yoicas.
- Quinto: La distinción entre introversión y narcisismo, la primera como el modo de funcionamiento (inversión) de las pulsiones sexuales (hacia los objetos fantasmáticos) en los casos de neurosis, y la segunda como el modo de funcionamiento (inversión) de las pulsiones yoicas en los casos de psicosis (hacia el yo).
- Sexto: La decomposición de la libido entre libido yoica y libido objetal: El supuesto de que la libido inviste al yo implica que este yo es sexualizado.

La introducción propiamente psicoanalítica del concepto de narcisismo viene a revelar la relación de equivalencia entre narcisismo, advenimiento del yo y constitución de la sexualidad, así como ubicar al narcisismo como tiempo posterior al autoerotismo y como tiempo inaugural de la sexualidad. No obstante, prevalecerá en la obra de Freud el planteamiento expuesto desde el “Proyecto”, a saber, el origen exclusivamente endógeno de la pulsión. Sin embargo, si las fantasías encuentran su génesis en la pulsión ¿cómo esta concepción biologicista de la pulsión podría fundar el inconsciente? Suponer la fundación del inconsciente como si de solamente energía endógena se tratase, ¿no sería desvirtuar la esencia misma del descubrimiento freudiano?

Así, pues, en lo que atañe a la *Trieb* freudiana conviene esclarecer cuál es el lugar de lo biológico, no en el sentido de justificar las tesis freudianas, sino más bien de reconocerlas, para de ahí percatarse de las diferentes dimensiones que presenta la biología en el pensamiento de Freud. Intento de precisar qué lugar ocupa lo biológico al contrario de ciertas tendencias que van desde la desmentida hasta la apología de esta dimensión en la obra de Freud. Se trata más bien de precisar la función que cumple la biología, ensayando las sendas que permitan

“resituarla en un lugar positivo, y no ya mitológico”, tal y como se propone un autor como Laplanche (1993), a fin de subrayar el comprometimiento mutuo de las fuerzas psíquicas y somáticas en la constitución del sujeto. Es siguiendo este intento que esbozaré dos proposiciones. La primera es la hipótesis sobre la sexualidad inconsciente altera el significado de algunos conceptos. Tal es el caso de la *Trieb* freudiana. Algunos de sus términos recibieron automáticamente el estatuto metapsicológico, otros, sin embargo, estarán desde siempre anclados en lo somático, como es el caso de uno de sus términos, la fuente de la pulsión.

En la segunda proposición, Freud toma prestado términos y modelos de la biología más para delimitar su campo de estudio y especificar la disciplina fundada por él, el psicoanálisis.

En ese sentido, estos conceptos sirven como herramientas pero a la vez son el objeto de una operación de transmutación que altera su significado original, tal y como revela el concepto de “fantasías primordiales”, definidas como estructuras que moldean y dan historicidad a las vivencias del complejo de Edipo.

En la misma línea, Freud recurre también a los modelos de la biología, particularmente el “modelo del plasma germinal” y el “modelo de las huellas”. Pero transforma el modelo en metáfora o en analogía, lo cual demuestra su talento para establecer este tipo de trasposición. También, revela una cierta prudencia respecto a la biología. Entre tanto, no se trata de una reticencia en un sentido más amplio, sino a determinadas dimensiones de este campo de saber tal y como atestigua su rechazo en establecer una teoría de las localizaciones anatómicas, así como el relieve de la meta pulsional más en la satisfacción que en la reproducción de las especies. Tanto es así, que la génesis de la pulsión estará en esta obra atada a lo biológico. Parece que el hecho de recurrir a la biología para corroborar sus propias hipótesis, sobre todo por la amplitud de perspectivas que esta disciplina revelaba acerca de la sexualidad (1915), no obnubila su búsqueda tajante en especificar la disciplina fundada por él, el psicoanálisis, respecto a otros campos de saber.

Freud mismo insistió en el carácter provisional de este dualismo pulsional: En “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), cualifica el esquema dualista de “construcción auxiliar”, que si es sustituida por otra no alteraría su posición respecto a la “premisa necesaria” genuinamente biológica, y que se refiere a la tendencia del aparato psíquico a mantenerse apartado de los estímulos que le llegan. Lo cual, indica que el soporte teórico que fundamentaría un dualismo pulsional captado en la experiencia clínica carecía de valor heurístico ya que cada avance de la teoría de la libido trastocaba este primer esquema pulsional. Hasta el punto de Freud reconocer que le parecía dudoso “que sobre la base de la elaboración del material psicológico se pueden obtener indicios decisivos para la división y clasificación de las pulsiones” (1915c).

Pero eso no implica desechar la intuición sobre el punto de vista dualista. Prueba de ello es que las pulsiones sexuales, yoicas y de autoconservación serán parte integrante de

nueva clase de pulsiones que integrará el segundo dualismo pulsional, a saber, las pulsiones de vida. En la misma línea, tampoco desestima la primera teoría de las pulsiones ya que ésta le permite, según el Freud de 1920, el entendimiento sobre las neurosis de transferencia, el “genuino objeto de estudio del psicoanálisis”.

Las vicisitudes de la pulsión de muerte

La formulación sobre el concepto de pulsión de muerte tiene los más significativos antecedentes, que se perfilan como el reflejo mismo de la necesidad de ampliar el punto de vista económico con una modalidad de regulación más allá del principio de placer. Esta necesidad de reformular la dinámica conceptual del psicoanálisis, derivaba no sólo de los fenómenos observados en la clínica, tal y como atestiguaban los fenómenos clínicos del sadismo, el masoquismo, la degradación del objeto sexual, la culpabilidad, la reacción terapéutica negativa y la compulsión de repetir, sino también respecto a la experiencia subjetiva de Freud respecto a los hechos de la guerra. Eso no sin mencionar el estrecho vínculo entre libido y crueldad, la ambivalencia de sentimientos de amor y de odio. Temas que ya se delineaban en “Pegan a un niño” (1919) y en “Lo ominoso” (1919), escritos casi en el mismo periodo que *Más allá del principio de placer* y que, de igual modo, apuntan hacia el destronamiento del principio de placer. Reflexiones éstas insertadas en el interés de Freud sobre los orígenes; interés que une trabajo clínico y reflexión metapsicológica por la importancia de la función de la resistencia y sobre la teoría de la represión y que han requerido la ampliación del punto de vista económico.

El primer referente de la pulsión de muerte es la compulsión de repetición.

La compulsión de repetición se perfila como una de las tendencias de la repetición elaborada inicialmente desde la clínica para, en un segundo momento, ser trasladada hacia la teoría de las pulsiones, adquiriendo, por lo tanto, su estatuto metapsicológico. Ocurre, pues, que en el razonamiento sobre la compulsión de repetición expuesto en *Más allá*, Freud introduce otra variante de este concepto, la biológica. La compulsión de repetición será definida, entonces, como “exceso” y como “retorno hacia lo inorgánico”. Entra en escena el empleo de modelos tomados de la biología como el de la vesícula viva para dar cuenta de un concepto derivado, en última instancia, de la observación clínica. Sin embargo, como bien advierte Roussillon (2008), la primera teoría de la repetición no fue abandonada, sino relativizada a un estado de elaboración del aparato psíquico hacia la experiencia histórica.

El segundo referente de la pulsión de muerte es el principio de Nirvana.

El principio de Nirvana aproximado a lo que, en el “Proyecto” (1950[1887-1902]), era definido como “principio de inercia”, consiste en la descarga de la tensión hacia el nivel cero, es decir, la aniquilación de la tensión. Como bien ha reconocido Freud en “El problema económico del masoquismo” (1924), este modo de funcionamiento se

aproxima al supuesto hipotético del retorno hacia lo inorgánico de la pulsión de muerte y destaca más el aspecto cuantitativo que la cualidad de las sensaciones de placer y de displacer. Si bien hipotéticamente este retorno hacia el estado anterior corresponde a un movimiento apaciguante, puede también poner en marcha la destrucción en su sentido más arrebatador y violento. He aquí la ambigüedad que reviste el término “principio de Nirvana” en la obra de Freud.

Finalmente, el tercer referente de la pulsión de muerte es la agresividad. Tema que será tratado a partir de la lectura de dos textos: “El problema económico del masoquismo” (1924) y *El malestar en la cultura* (1930[1929]).

En “El problema económico del masoquismo” las consideraciones de Freud giran alrededor del sadismo (que enseñaría el camino hacia el objeto) y del masoquismo (que enseñaría el camino del autoerotismo), si por un lado remiten al problema de los orígenes, (al momento en que ambas pulsiones entraron en combinatoria) por otro, abren la posibilidad de que el sadismo proyectado regrese hacia el interior, movimiento aclaratorio del masoquismo secundario añadido al primario, cuando la pulsión de muerte no es proyectada hacia el mundo exterior y se vuelve contra la persona propia. De ahí que en la clínica Freud distinguirá el “masoquismo femenino” el “masoquismo moral”, ambos derivados del “masoquismo erótico”.

En *El malestar en la cultura* Freud definirá la destructividad como manifestación de la pulsión de muerte, profundizará el aspecto heteroagresivo de la pulsión de muerte sin la marca de la sexualidad y otorgará a los fenómenos de la agresividad el valor que hasta entonces estaba en segundo plano en su teoría. La agresividad se perfila como una disposición pulsional autónoma, originaria del ser humano. Con objetos y metas definidos, la pulsión de destrucción tiene como finalidad aniquilar a los objetos, su empuje sólo será frenado por la cultura.

Ahora bien, la discusión sobre las bases metabiológicas y metapsicológicas que sostienen el concepto de pulsión de muerte remite a la necesidad de resituar su fundamento heurístico. El establecimiento de la metáfora sobre la vesícula viva para fundamentar la compulsión de repetición, así como la importación de la teoría de Weissman sobre la duración de la vida y de la muerte de los organismos para especular la naturaleza de las pulsiones, dan cuenta de este estado de cosas.

En la misma línea, surge el interrogante sobre la noción de cuerpo planteada por Freud, puesto que el ser humano nunca alcanzará el estado de Nirvana por el hecho mismo de estar vivo; el rebajamiento absoluto de la tensión conduciría a la muerte del organismo. Se delinea, entonces, una noción de cuerpo gobernado estrictamente por mecanismos fisiológicos, tesis que lo sitúa en un segundo plano y, cuando menos, contradice el descubrimiento freudiano de la sexualidad inconsciente. Así las cosas, conviene clarificar una vez más cuál es la función de la biología en la hipótesis freudiana sobre la pulsión de muerte.

Parece que la reflexión freudiana plasmada a propósito del segundo dualismo pulsional, el fundamento biológico

de la pulsión de muerte adquiere más importancia que su valor psicoanalítico propiamente dicho y termina por oscurecer su derivación de la experiencia clínica. El combate entre Eros y destructividad recae más en un combate mítico con una interpretación subjetivante entre entidades míticas que encuentra su base en la biología.

Por otra parte, parece lícito recurrir a la biología para fundamentar heurísticamente la pulsión de muerte con bases más sólidas. Ocurre, pues, que al hacer esto, Freud emplea modelos que amplían aún más la especulación, teniendo en cuenta que tampoco la biología presenta una definición unívoca de la muerte. Desde luego, el recurso a la biología no convence pero, “sin recurrir a la biología, no sabríamos decir que la nueva pulsión postulada es la de muerte”, tal y como señalan Trucco y Alperowicht (1991).

En definitiva, es imposible no hacerse cargo de la dimensión metabiológica presente en la reflexión freudiana sobre el segundo dualismo pulsional en consonancia con una concepción ampliada de la sexualidad humana, ahora, el Eros al que todo quiere reunir. Pero es igualmente lícito señalar, una vez más, que fueron los fenómenos observados en la clínica, los móviles de tan sorprendente giro teórico-clínico. Como quiera que sea, será posible vislumbrar el desarrollo propiamente psicoanalítico del conflicto entre Eros y pulsión de muerte a partir de la segunda tópica, de la cual mantiene un estrecho vínculo; prueba que la pulsión está estrechamente vinculada con la perspectiva tópica.

El yo y su angustia

En efecto, será la amplitud de miras que adquiere la noción de yo a partir de la introducción del concepto de narcisismo que, relacionada con la teoría de las pulsiones, se delinearán como uno de los puntos clave que no sólo permitirá efectuar el paso de un esquema tópico a otro, sino, también, la que vinculará este nuevo modo de pensar el funcionamiento del aparato psíquico con la teoría de las pulsiones. Los factores que revelarán dicha apertura de perspectivas son: La nueva concepción del yo unido a los designios de la sexualidad; y la concepción de un yo que desconoce su saber mismo acerca del síntoma y que no logar la tarea de nombrar los afectos que habitan en él, desconociendo así, su autenticidad.

En la misma línea, el conflicto se establecerá entre los componentes pulsionales (con su modo específico de organización) y el yo consciente (a su vez con su modo propio de organización). Tales conclusiones se deducen de estas reflexiones:

- El inconsciente no será más uno de los polos del conflicto en oposición al yo;
- La pulsión, a su vez, se constituirá como una fuerza presente sea en el ello, sea en el superyó, sea en el yo (consciente e inconsciente);
- El yo asumirá un estatuto metapsicológico. Sufrirá de modo intermitente los influjos de la pulsión y se constituirá como parte integrante de una estructura junto con el ello y con el superyó. Desde luego, dichas

consideraciones reflejan la amplitud de desarrollos de la que el yo será a partir de la segunda tópica. Desarrollos que se perfilan a partir de tres vectores: El yo como identificación; el yo como función; y el yo como desarrollo de los afectos, en particular la angustia.

Pues bien, estos tres vectores no sólo atestiguan la complejidad de la noción de yo en el pensamiento de Freud revela, sino que su desarrollo puede conducir a una concepción antropomórfica del aparato psíquico: las características del yo, su relación con las demás instancias y con las pulsiones dan cuenta de este estado de cosas. Es decir, se incurre fácilmente en la tendencia a transponer la relación intrapsíquica entre las tres instancias a la relación del yo con los objetos, operación sutil que transforma a éstos en personajes en el interior del aparato psíquico. Quizá por la dificultad misma, inherente al concepto de pulsión, de sacar la pulsión de una dimensión estrictamente conceptual para aproximarla a la experiencia, sin perder su estatuto metapsicológico.

En el caso de la concepción del yo como identificación, el proceso mismo que confiere a la identificación un estatuto metapsicológico viene dado por el estatuto ambiguo de este concepto: a la vez que permite una aproximación a la experiencia pierde su estatuto psicoanalítico propiamente dicho si no es conectado con la dimensión pulsional. Problema estrechamente relacionado con el entendimiento de la identificación como la presencia inconsciente del sí mismo o del otro en el psiquismo; concepción que subraya más la dimensión antropomórfica que metapsicológica. Como si se sustituyera la dimensión pulsional de este concepto por la presencia del sí mismo o del otro en el psiquismo, cuando es la dimensión pulsional que lo fundamenta psicoanalíticamente. Lo que en otros términos significa que el objeto de la identificación es el objeto de la pulsión y no el objeto en sí.

Desde luego, la humanización del yo, si bien presenta como condición las relaciones de objeto, no excluye la dimensión pulsional. Es precisamente ésta que permite su humanización. El problema consiste, pues, en compaginar o en establecer vías de pasaje entre la dimensión pulsional a la relación del yo con los objetos. Tal y como Freud plantea en *El yo y el ello* (1923) el yo no es solamente una “esencia superficie” sino también una “proyección psíquica de una superficie”. Estos términos evocan la idea de un yo que, bien sea dominando las demás instancias, bien sea dominado por ellas, busca perpetuar su realidad en la relación con los objetos. No obstante, la realidad psíquica que la que el yo busca dominar en su relación con los objetos sufre los mismos procesos del trabajo del sueño, a saber, condensación, desplazamiento, figurabilidad, elaboración secundaria. Es precisamente este sector del yo al que Freud se refiere como “servidumbre del yo” y a que Lacan designa como “función de desconocimiento” viene a revelar, a saber, los conocimientos contradictorios del yo acerca de los objetos ya que no se dirige a una relación totalizada con éstos, sino parcial.

Por otra parte, se puede decir que el abordaje de la

angustia desde el punto de vista histórico caracteriza toda una línea de razonamiento introducida con la segunda tópica, de antropomorfización de las instancias que constituyen el aparato psíquico, en este caso específico, de la instancia yoica. Parece que a partir de la segunda tópica, Freud intenta compaginar la dimensión pulsional del lado de lo simbolizado (dado por el complejo de Edipo y el complejo de castración) y con el modo de funcionamiento más allá del yo y del principio de placer, a saber, la pulsión de muerte. Sin embargo, como señala H. Bleichmar (1986), si se conduce esta cuestión hasta el extremo de rechazar el concepto de “angustia señal”, se pierde la esencia de las situaciones de peligro que Freud intenta delimitar mediante la distinción entre los dos tipos de angustia: una en que el aparato psíquico es invadido por una cantidad de estímulos más allá del nivel tolerado, y otra en la que almacenando la huella de la situación traumática y creyendo en la inminencia de una situación angustiante, acciona representaciones con la finalidad de delimitar lo peligroso.

En definitiva, no se trata de hacer hincapié en la dimensión pulsional en detrimento de las relaciones de objeto, pero tampoco en oponer la pulsión al objeto, sino más bien en establecer vías de pasaje entre ellos, tal y como propone Green (1987). De ahí que la tendencia a la antropomorfización esté estrechamente vinculada con la problemática del objeto, en concreto, sobre su ubicación tópica.

Es sabido que una reflexión que se propone psicoanalítica no concibe al niño sin la figura de la madre. Como no existe diferencia entre el sujeto y objeto, la madre será concebida como un prolongamiento del niño, hasta el punto que la vida psíquica del niño, en estos momentos iniciales de la vida y de la sexualidad, sólo puede ser entendida por relación con el funcionamiento psíquico de la madre. Sin embargo, no se trata de entender dicho vínculo ni como un proceso de indiferenciación entre madre y niño ni tampoco insertarlos en una modalidad de relación denominada de “interacción”. Tanto porque el niño, a pesar de su estado de prematuración psicofisiológico no es una tabula rasa, es decir, la categoría de “interacción” desemboca más en una modalidad de reflexión psicológica que propiamente psicoanalítica al tener en cuenta solamente los sentimientos que emergen de esta relación y no la sexualidad inconsciente. Es posible plantearnos, tal y como lo hizo Laplanche (1993) que el adulto no se contenta con presentarse como un servidor neutro y anónimo, sino que estará atravesado por sus propios embates pulsionales, y eso incluye no sólo su narcisismo sino a su sexualidad inconsciente. Pensar metapsicológicamente la relación entre ambos protagonistas significa trastocar la tópica de los procesos psíquicos hasta permitir pensar el encuentro entre el aparato psíquico del niño y el inconsciente de la madre y las consecuencias que deriva de este encuentro en el desarrollo del niño, sin que esto implique reducir la figura de la madre como un mero agente responsable por la adaptación psicofisiológica del niño.

Sin embargo, dicho modo de pensar la relación del yo

con los objetos supone ubicar la génesis de la pulsión del lado estrictamente de lo exógeno. Parte de la problemática que gira alrededor del concepto de pulsión consiste en cómo acercarse a esa energía, a sus modos de inscripción y de circulación antes y después de la represión primordial. La pulsión se convierte en estímulo para lo psíquico.

Conclusión

A partir de este recorrido se ha subrayado los aspectos del pensamiento freudiano en materia pulsional de sentido pleno y los aspectos contradictorios, y no menos emblemáticos de su legado. Aspectos paradigmáticos que necesitan volver a ser cuestionados no en el sentido de apuntar los posibles puntos débiles de su legado, sino en el intento de encontrar elementos significativos que permitan seguir avanzando en el estudio y en la investigación.

Por una parte, una de las preocupaciones constantes del pensamiento psicoanalítico consiste en avanzar y a la vez mantenerse fiel al pensamiento de Freud, en poder ser libre y creador siguiendo a Freud. La consecuencia de ese movimiento de pensamiento postfreudiano, además de presentar cierta función estabilizadora, es la renovación del pensamiento de Freud, hasta tal punto en que Freud mismo puede ser considerado un “postfreudiano”.

Por otra parte, en los días de hoy, la vocación transdisciplinaria del psicoanálisis parece asumir gran relieve, vocación en la cual, a veces, nos convoca hacia un movimiento propio del psiquismo en recubrir un edificio conceptual todavía incierto con nuevas definiciones, cuando todavía el pensamiento freudiano puede permitir la solución de determinados impasses. Desde luego, dicha tarea supone, incluso, “pensar en desacuerdo con uno mismo” (2002), tal y como ha señalado Pontalis, a propósito de la investigación en psicoanálisis.

En la historia del psicoanálisis, la adhesión en tal o cual hipótesis psicoanalítica pasa por el concepto de pulsión. Reflejo de un concepto y de una teoría con profundas raíces en el psicoanálisis, dado que no solo genera un debate interminable, sino que recibe una cantidad casi no mensurable de adeptos. Debate que desde siempre fue polémico, vibrante y, quizá, uno de los más provocadores del psicoanálisis. Con lo cual, confirma que la pulsión sigue siendo la base de toda reflexión psicoanalítica.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bleichmar, H. (1986). *Angustia y fantasma: matrices inconscientes en el más allá del principio de placer*. Madrid: Adotraf.
- Canteros, J. (1996). Consideraciones acerca del ‘Proyecto’ freudiano. *Revista de Psicoanálisis*, 52, 313-338.
- Etcheverry, J. L. (1978). Sobre la versión castellana. Volumen de presentación de las *Obras Completas de S. Freud*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1893-1895). *Estudios sobre la histeria*. En *Obras Completas*, Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*. En *Obras Completas*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1910). La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis. En *Obras Completas*, Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras Completas*, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas*, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1919a). Pegan a un niño. En *Obras Completas*, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1919b). Lo ominoso. En *Obras Completas*, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. En *Obras Completas*, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En *Obras Completas*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. En *Obras Completas*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1930[1929]). *El malestar en la cultura*. En *Obras Completas*, Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Freud, S. (1950[1887-1902]). Proyecto de psicología. En *Obras Completas*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, 1985.
- Green, A. (1987). La pulsión en los escritos terminales de Freud. En J. Sandler (Eds), *Estudio sobre el “Análisis terminable e interminable” de Sigmund Freud* (pp.147-165).
- Hornstein, L. (1991). Leitura de Freud. *Percurso: Revista de Psicanálise*, 3, 23-28.
- Laplanche, J. (1993). *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pontalis, J.B. (2001). O laboratório central. En A. Green (Eds), *Psicanálise Contemporânea* (pp. 371-378). Rio de Janeiro: Imago.
- Roudinesco, E. (2016). *Sigmund Freud: Na sua época e em nosso tempo*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Roussillon, R. (2008). *La transitionnel, le sexuel et la réflexivité*. Paris: Dunod.
- Trucco, R.A. & Alperovich, E. (1991). Esta pulsão é de morte. *Percurso: Revista de Psicanálise*, 3, 5-13.